

I UNA MAÑANA SOLEADA

Nikita abrió los ojos y dejó escapar un suspiro. El sol lucía a través de los arabescos de hielo de las ventanas, esas estrellas y esas hojas con forma de palma prodigiosamente perfiladas de plata. Un rayo rebotó en la palangana y titiló sobre la pared. La luz de la habitación era del blanco de la nieve.

El muchacho recordó que la noche anterior el carpintero Pajom le había dicho:

—Ahora lo barnizaré y lo remojaré bien, y cuando te levantes, podrás montarlo y correr con él.

En la cochera, sobre un banco de carpintero, en el centro de un anillo de retorcidas virutas, Pajom, un hombre tuerto con la cara picada de viruela, había estado cepillando las dos tablas y las cuatro patas del vehículo. Había combado hacia arriba el borde delantero de la tabla inferior, para que la nariz del trineo no se hundiera en la nieve. Luego, había torneado las patas y había practicado en la tabla de arriba dos aberturas por las que meter las piernas, para poder sentarse así con mayor comodidad. Después, había embadurnado la tabla inferior con estiércol de vaca y, en plena helada, la había regado tres veces, dejándola reluciente como un espejo. Por último, había atado una cuerda a la tabla superior, para arrastrar el trineo y poder dirigirlo al bajar las cuestas.

«Lo prometido es deuda, de modo que he de hacerlo», decía siempre Pajom. Así que, sin duda, el trineo ya estaría listo, esperándole junto al zaguán.

Nikita se sentó en el borde de la cama y escuchó con atención. La casa estaba en silencio, parecía que nadie más se había levantado. Si se vistiera en un minuto —sin lavarse ni cepillarse los dientes, por supuesto— podría escabullirse hasta el patio a través de la puerta de servicio y llegar al riachuelo. Allí, en las orillas, se habían ido acumulando montañas de nieve, de manera que podría volar sobre su trineo.

Saltó del lecho y avanzó de puntillas sobre las cálidas figuras que el sol dibujaba en el suelo.

En ese instante, la puerta se entreabrió y, asomándose a la habitación, una cabeza con gafas, puntiagudas cejas pelirrojas y una brillante barba rojiza le preguntó, guiñándole el ojo:

—¿Ya te has levantado, bandido?

II ARKADI IVÁNOVICH

El hombre de la barba rojiza era Arkadi Ivánovich, el maestro de Nikita. Como era un hombre extremadamente despabilado y astuto, se lo había olido todo la tarde anterior y se había levantado antes adrede.

Riéndose, entró en la habitación del muchacho y se detuvo junto a la ventana, empañando con su aliento el cristal. Cuando este recobró su transparencia, se ajustó las gafas y, dirigiendo su mirada hacia el patio, dijo:

—Junto al zaguán hay un trineo magnífico.

Nikita, enfurruñado, guardó silencio. Tuvo que vestirse, cepillarse los dientes y lavarse no solo la cara, sino también las orejas e, incluso, el cuello. Al terminar, Arkadi Ivánovich le cogió por los hombros y lo condujo al comedor. A la mesa, junto al humeante samovar, estaba sentada su madre, ataviada con un cálido vestido gris. Esta tomó entre sus manos el rostro de Nikita, le miró fijamente con sus ojos brillantes como luceros y le dio un beso.

—¿Has descansado bien?

A continuación, le tendió la mano a Arkadi Ivánovich y le preguntó con ternura:

—¿Y cómo ha dormido usted?

Este, esbozando una enigmática sonrisa bajo su rojizo bigote, respondió:

—Lo que se dice dormir, he dormido bien.

Se sentó a la mesa, echó nata en su infusión, se metió en la boca un terrón de azúcar, lo apresó entre sus blancos dientes y, sin quitarse las gafas, le guiñó un ojo a Nikita.

Arkadi Ivánovich era una persona insoportable: siempre estaba alegre, y haciendo guiños. Nunca decía las cosas directamente, sino de un modo que hacía que el corazón se estremeciera. Por ejemplo, cuando la madre le había preguntado claramente cómo había dormido, su respuesta debía en realidad ser interpretada del siguiente modo: «Nikita quería escaparse al riachuelo, olvidándose del desayuno y de sus tareas y, además, ayer se pasó dos horas en el banco de carpintería de Pajom en lugar de hacer su traducción de alemán». Y aunque es cierto que Arkadi Ivánovich no le delataba nunca, el muchacho se veía obligado a estar ojo avizor en todo momento.

Mientras tomaban el té, su madre comentó que había caído una gran helada durante la noche, que en el porche se había congelado el agua de la tina y que, cuando salieran a pasear, Nikita debería ponerse la capucha.

—Mamá, te lo prometo, da un calor horrible.

—Te ruego que te la pongas.

—Me pica en las mejillas y me asfixio. Al final me resfriaré por culpa de la capucha.

La madre se quedó mirando en silencio a Arkadi Ivánovich y, volviendo la vista hacia Nikita, dijo con voz temblorosa:

—No sé cómo te has vuelto tan desobediente...

Levantándose con decisión, Arkadi Ivánovich se frotó las manos enérgicamente y, como si no hubiera

en el mundo mayor gozo que resolver problemas de aritmética y dictar aburridos proverbios, exclamó:

—¡Vamos a trabajar!

Nikita se sentó a una mesa —completamente cubierta de manchas de tinta y de dibujos de monigotes— que habían instalado en una espaciosa y blanca habitación, casi vacía, en cuya pared colgaba un mapa de los dos hemisferios. Arkadi Ivánovich abrió el libro de problemas.

—Muy bien, señorito, ¿dónde nos quedamos?

Con un lápiz bien afilado, subrayó el número del ejercicio.

«Un comerciante ha vendido varios *arshines*¹ de paño azul a 3 rublos y 64 kopeks el *arshín*, mientras que de paño negro...», leyó Nikita.

Y entonces, una vez más, se imaginó al comerciante del libro de problemas. Iba vestido con una larga y polvorienta levita, tenía la cara amarillenta, todo él era soso y aburrido. En su puestecillo, oscuro como una gruta, descansaban sobre una balda polvorienta las dos piezas de paño. El comerciante extendía hacia ellas sus enjutas manos, las retiraba de allí y miraba a Nikita con ojos mortecinos.

—Venga, ¿en qué estás pensando? En total, el comerciante vendió dieciocho *arshines*. ¿Cuántos vendió del paño azul y cuántos del negro? —preguntó Arkadi Ivánovich.

Nikita frunció el ceño, y el comerciante se volvió aún más anodino. Las dos piezas de paño regresa-

¹ Antigua medida de longitud equivalente a 0,71 m. (*Todas las notas son del traductor*).

ron al estante y se cubrieron de polvo.

—¡Ay, ay! —suspiró Arkadi Ivánovich.

El maestro empezó a darle explicaciones, escribiendo apresuradamente cifras con un lápiz, multiplicando y dividiendo, sin dejar de repetir:

—Me llevo una... Le sumo dos...

A Nikita le pareció que durante la multiplicación las operaciones saltaban rápidamente del papel a su cabeza y, una vez allí, le hacían unas desagradables cosquillas para que no se olvidara de ellas. Entre tanto, el sol chisporroteaba sobre las dos ventanas de la clase, tentándole con un: «¡Vámonos al riachuelo!»

Por fin, concluyeron con la Aritmética y comenzó el Dictado. Arkadi Ivánovich se paseaba en paralelo a la pared y, con esa entonación tan particular que la gente nunca emplea en la vida cotidiana, empezó a leer en voz alta:

«Todos los animales que existen en la Tierra se afanan sin desmayo, trabajan. El alumno era obediente y aplicado...».

Dejando asomar la punta de la lengua, Nikita escribía mientras la pluma rasguñaba y salpicaba el papel.

De repente, una de las puertas de la casa se abrió con brusquedad, y se escuchó cómo unas heladas botas de fieltro recorrían el pasillo. La alegre voz de la madre exclamó en la habitación de al lado:

—¿Ha llegado correo?

Arkadi Ivánovich bajó el libro y prestó atención a los sonidos. A Nikita le entraron muchas ganas de reír, y tuvo que ocultar la cabeza tras el cuaderno.

—Obediente y aplicado... —repitió el muchacho, como cantando—. Ya lo he escrito todo.

El maestro se ajustó las gafas.

—Muy bien. «Todos los animales que existen en la Tierra son obedientes y aplicados...». ¿De qué te ríes? ¿Has echado un borrón? Venga, vamos a hacer un pequeño descanso.

Apretando los labios, Arkadi Ivánovich le amenazó con un dedo tan largo como el lápiz y salió del aula a paso ligero. En el pasillo, le preguntó a la madre:

—Aleksandra Leóntievna, ¿no hay correspondencia para mí?

Nikita adivinó en seguida de quién ansiaba tanto recibir carta. Sin embargo, no debía perder tiempo. Se puso una zamarra corta, sus botas de fieltro y el gorro; metió la capucha debajo de la cómoda para que no la encontraran y salió corriendo al zaguán.

III

LAS MONTAÑAS DE NIEVE

El patio estaba cubierto por completo de una nieve deslumbrante, blanca y mullida. Azuleaban sobre ella las profundas pisadas humanas y las habituales huellas de los perros. El aire, gélido y acerado, pellizcaba la nariz y punzaba las mejillas como lo harían unas pequeñas agujas. La cochera, los cobertizos y los corrales se alzaban rechonchos y cubiertos por unos sombreros blancos. El rastro casi cristalino de los patines surcaba todo el patio desde la casa.

Nikita descendió a todo correr los crujientes escalones del zaguán. Abajo le esperaba un trineo de madera de pino con una cuerda de estopa trenzada. Lo examinó y pudo comprobar que estaba sólidamente construido. Al probarlo, constató que también se deslizaba muy bien. Se lo echó al hombro y, tras coger una pala, salió corriendo en dirección a la presa por el camino que atravesaba el jardín. Bordeando el sendero, se levantaban unos enormes sauces blancos, frondosos y cubiertos de escarcha, que casi tocaban el cielo. Sus ramas parecían estar hechas de nieve.

Giró a la derecha, hacia el riachuelo, y puso todo su empeño en avanzar pisando siempre sobre las huellas de los anteriores caminantes; en los tramos donde la nieve se conservaba intacta, andaba de espaldas para despistar a Arkadi Ivánovich.

Durante aquellos días, se habían acumulado en las abruptas orillas del Chagra² grandes montañas de nieve esponjosa. En algunos puntos formaban promontorios sobre la corriente. Con solo plantarse sobre uno de ellos, comenzaba a crepitar, cedía y la montaña rodaba hacia abajo envuelta en una nube de polvo.

A la derecha, el riachuelo se internaba como una sombra entre los blancos campos desiertos. A la izquierda, sobre la pendiente, negreaban las isbas y despuntaban los cigüeñales de los pozos de la aldea de Sosnovka. Por encima de los tejados, un humo azul ascendía hasta desaparecer en la atmósfera. Junto a un precipicio que había ido formando la nieve, donde esta —por efecto de la ceniza que aquella misma mañana habían sacado de las estufas— se teñía con ronchas amarillas, podía verse cómo deambulaban unas pequeñas figuras. Eran los amigos de Nikita. Más allá, donde doblaba el riachuelo, apenas se lograba distinguir a otros muchachos, los de Konchansk. Nikita dejó la pala, colocó el trineo sobre la nieve y se montó en él. Asiendo con fuerza la cuerda, se impulsó dos veces con las piernas y empezó a descender sin esfuerzo la montaña. El viento silbaba en sus oídos, mientras a ambos lados iba levantándose un polvo blanco. Abajo, siempre hacia abajo, como una flecha. De repente, allí donde la nieve se interrumpía, el trineo saltó al vacío y aterrizó sobre el hielo. Deslizándose sobre la superficie, siguió avanzando cada vez más despacio, hasta que finalmente se detuvo.

Nikita se echó a reír. Se bajó del trineo y lo

² Afluente del Volga.

arrastró cuesta arriba, hundiéndose en la nieve hasta las rodillas. Una vez hubo ascendido de nuevo el promontorio de la orilla, divisó a no mucha distancia, en medio del campo nevado, la negra figura de Arkadi Ivánovich, cuya estatura le pareció mayor que la de cualquier otro ser humano. Cogió la pala, saltó sobre el trineo y salió disparado de nuevo por la pendiente.

Una vez abajo, corriendo sobre el hielo, se dirigió hacia la base de las montañas de nieve, que pendían como plataformas sobre el riachuelo. Allí, se dispuso a cavar una gruta. Un trabajo sencillo, pues la nieve era de tal calidad que se podía horadar con la pala. Cuando hubo excavado el refugio, se introdujo en él y, arrastrando tras de sí el trineo, comenzó a tapiar el agujero de entrada con puñados de nieve. Terminada la pared, una azulada penumbra, confortable y placentera, inundó la cueva. Nikita permaneció allí sentado, pensando que ningún otro niño tenía un trineo tan estupendo. Sacó un cortaplumas y empezó a grabar un nombre sobre la tabla superior, bautizando así su trineo: «Vevit».

—¡Nikita! ¿Dónde te has metido? —gritaba Arkadi Ivánovich.

El muchacho guardó el cortaplumas en el bolsillo y miró por una rendija. En mitad del hielo, con la cabeza levantada, estaba Arkadi Ivánovich.

—¿Dónde estás, bandido?

Arkadi Ivánovich se ajustó las gafas y se dispuso a buscarle, pero en seguida se quedó atascado en la nieve hasta la cintura.

—¡Sal de ahí! De todos modos acabaré sacándote.

Nikita callaba. Arkadi Ivánovich intentó trepar un poco, pero volvió a atascarse de nuevo. Entonces,

metiendo las manos en los bolsillos, probó a decir:

—No es necesario que salgas. Puedes quedarte ahí si quieres. Solo quería contarte que tu madre ha recibido hoy carta desde Samara... Pero bueno, ya me voy. Adiós.

—¿Qué carta? —preguntó Nikita.

—¡Ajá! Así que estás ahí.

—Dígame de quién es la carta.

—Anuncia la llegada de unas personas que vendrán a pasar estas fiestas.

Varios puñados de nieve salieron volando desde lo alto, hasta que la cabeza de Nikita se dejó ver a través de la boca de la cueva. Al verle, Arkadi Ivánovich se echó a reír alegremente.

IV LA CARTA MISTERIOSA

Durante el almuerzo, su madre le leyó por fin la carta. Era de su padre.

—«Querida Sasha: ya he comprado lo que decidimos darle a ese muchacho. Aunque, según creo, es poco probable que merezca recibir este hermoso objeto que hemos pensado regalarle...»

Al escuchar esas palabras, Arkadi Ivánovich comenzó a guiñar el ojo a Nikita una y otra vez.

—«Es bastante grande, así que deberás enviar un trineo extra para poder transportarlo. Hay otra novedad más: Anna Apollósovna Bábkina y sus hijos pasarán las fiestas en nuestra casa». Lo demás no es tan interesante —dijo la madre.

Pese a todas las preguntas de Nikita, se limitó a cerrar los ojos y negar con la cabeza:

—No sé nada más.

Arkadi Ivánovich también guardaba silencio, encogiendo los hombros. No obstante, el maestro estuvo especialmente alegre durante todo aquel día; respondía sin venir a cuento y, de tanto en tanto, sacaba una carta del bolsillo, leía un par de líneas y fruncía los labios. Evidentemente, también él guardaba su propio secreto.

Al atardecer, Nikita cruzó corriendo el patio hacia los aposentos de la servidumbre. El servicio estaba cenando en ese momento. Nikita silbó tres veces, y

un minuto después apareció Mishka Koriashónok, su mejor amigo. No llevaba gorro, tenía la zamarra sobrepuesta y calzaba unas voluminosas botas de fieltro. Allí mismo, en la esquina de la casa de la servidumbre, Nikita le contó en un susurro lo de la carta, y le preguntó qué podría ser aquello que iban a traer de la ciudad. Mishka, tiritando de frío, le dijo:

—Seguramente algo bien grande, que me quede ciego si no es así. Me voy corriendo adentro, hace mucho frío. ¡Ah!, escucha, mañana tenemos planeado dar una paliza a los chicos de Konchask. Vindrás, ¿no?
—Está bien.

Nikita regresó a casa y se puso a leer *El jinete sin cabeza*³. Su madre y Arkadi Ivánovich estaban sentados con sus libros alrededor de una mesa circular, bajo una lámpara de grandes dimensiones. Detrás de una estufa, un grillo parecía estar serrando un trozo de madera. La tarima crepitaba en la oscura habitación de al lado.

El jinete sin cabeza recorría a toda velocidad la pradera, mientras la alta hierba le azotaba a su paso y una luna roja se elevaba sobre el lago. Nikita sintió los cabellos erizársele en la nuca. Se volvió con precaución y, del otro lado de las negras ventanas, vislumbró una sombra gris que pasaba rápidamente. ¡Palabra de honor, la había visto! Su madre, levantando la cabeza del libro, dijo:

—Va a haber ventisca.

³ Novela del autor escocés Thomas Mayne-Reid (1818-1883).